

EUCARISTÍA DOMINGO DE PASCUA

Tunja, 12/04/2020

“Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Demos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”. Las palabras de este salmo 118 nos iluminan en esta celebración para cantar las maravillas, las gestas, las proezas de Dios, que ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos.

Nos hemos preparado durante cuarenta días para celebrar esta fiesta de la Pascua. La Eucaristía este domingo reviste toda la importancia. En ella renovamos el acontecimiento central de nuestra fe, la resurrección del Señor. La comunidad cristiana que participa de este acontecimiento debe experimentar el gozo de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo.

La Palabra que hoy hemos proclamado, nos pone en ambiente eucarístico y nos hace reconocer al resucitado en medio de la comunidad y nos convierte en testigos del resucitado, ya que hemos comido y bebido con Él muchas veces en la Eucaristía.

La resurrección de Jesús, no es producto de una fantasía o de la imaginación ingeniosa y peregrina de unos hombres y mujeres. Tiene su fundamento en dos cosas esenciales: en primer lugar, es un acto del poder amoroso de Dios Padre, quien cumple la promesa y acepta como agradable el sacrificio de su Hijo, por la redención de la humanidad. En segundo lugar, hay testimonios reales de este acontecimiento sin igual en la historia, y no sólo de los que comieron y bebieron con él, sino también el testimonio reportado por la Escritura, por los profetas y por tantos mártires y confesores.

El resucitado del cual es testigo Pedro, es Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza de su Espíritu, que pasó haciendo el bien, porque Dios estaba con Él. Hay pues una continuidad entre el Jesús que los discípulos vieron y escucharon en la vida pública y el Jesús que ha resucitado, que no es un fantasma, es el Mesías de Dios. Aquel que se presentó en la sinagoga de Nazaret a notificarse como el consagrado por Dios y el enviado a anunciar el año de gracia, la liberación de los cautivos.

La experiencia de la resurrección de Jesús es una buena noticia que tiene que publicarse, darse a conocer a toda la humanidad. La buena noticia es la misericordia de Dios quien ha aceptado el sacrificio de su Hijo para otorgar salvación a todos. Renace la esperanza y la confianza en Dios. Ya podemos acercarnos al trono de la misericordia para obtener la salvación eterna. Este es al anuncio gozoso para la humanidad agobiada por el mal y el pecado, por tantas noticias tristes y desgarradoras, por esta crisis sanitaria que nos atormenta.

En la lectura de los Hechos de los Apóstoles se nos presenta una verdadera síntesis, un resumen de lo que es la profesión de fe en Jesucristo, el llamado kerigma: todo comenzó con la predicación de Juan Bautista, el Bautismo recibido por Jesús, su predicación en Galilea, su admirable actuación pues pasó haciendo el bien. Éste ungido fue maltratado,

colgado de un madero, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y lo ha constituido Señor y Mesías. Y de esto son testigos los Apóstoles que comieron con Él. El contexto de las apariciones es claramente eucarístico “Hemos comido y bebido con Él después de que resucitó de entre los muertos”. Jesús se inventó la manera de quedarse con nosotros, la eucaristía. Jesús vuelve en cada Eucaristía. Su vida de amor entra a nosotros por la comunión. Aquí y ahora, en la Eucaristía se cumple la Escritura: “Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”. Es el día de la celebración del acontecimiento pascual.

El salmo proclamado es el salmo pascual por excelencia. En la angustia y la tribulación debemos permanecer con la confianza viva en Dios, que conduce a la victoria final, porque su misericordia es eterna. Dios ha bendecido con la victoria al débil, la piedra desechada se ha convertido en la piedra angular. Para nosotros cristianos, esta lucha y esta victoria narrada en el salmo, evocan el misterio pascual de Jesús. Hoy la Iglesia, con Cristo, evoca este triunfo y se une a esta acción de gracias.

En la segunda lectura el autor nos deja claro que Cristo resucitado como Cabeza, es inseparable de su Iglesia. Nos lanza un desafío, si hemos muerto con Cristo y resucitado con él, entonces seamos coherentes, busquemos las cosas de arriba y no nos anclamos en las de la tierra. Así, el bautizado se incorpora a la vez a Cristo y a la Iglesia, y al hacerlo vive arraigado en el futuro de Cristo y en el presente de la Iglesia. Todo cristiano ha de actualizar su nueva existencia en Cristo allí donde vive y actúa. El Evangelio nos ofrece la interpretación del sepulcro vacío: se ha cumplido la Escritura y, por lo tanto, se ha de ver desde la fe en la Palabra de Dios. Jesús está vivo, vence la oscuridad con la luz de la fe. Ahora se ha de ver la presencia de Jesús, no como María Magdalena, sino como el discípulo amado, es decir, no desde la oscuridad de la sospecha, sino desde la luz de la fe. Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe, nos advierte el Apóstol san Pablo.

El Resucitado que surge de la oscuridad de la muerte y del sepulcro nos invita a salir y proyectarnos hacia los verdaderos valores que hacen digno al ser humano; a buscar los bienes de arriba, es decir, lo que vale la pena, lo que no perece y da sentido a la existencia: el amor sincero, la convivencia pacífica, el servicio, la entrega, el perdón y la reconciliación, el respeto por la dignidad de cada ser humano, la justicia, la solidaridad, la fidelidad conyugal. La práctica de las obras de misericordia. La pascua no es sólo la de Cristo, sino la nuestra, la de todo su cuerpo con Él.

Uno que ha resucitado con Cristo no puede ya pensar en hacer daño a sus hermanos. Uno resucitado con Cristo no se puede dejar permear por la corrupción y quitarle los recursos destinados al bien común. Debe dejar atrás odios, venganzas, rencores. Uno que ha resucitado con Cristo, vive la fidelidad con su conyugue, ama la verdad y es honesto en sus cosas, es solidario y tiene entrañas de misericordia. Uno que ha resucitado con Cristo cuida la creación con esmero porque es un bien común.

La Pascua es una invitación a cada bautizado para dejar atrás todos los signos de muerte y acoger en su corazón los signos de vida. Soñamos con un mundo más solidario, menos egoísta. Esto sólo será posible si nos acogemos a Cristo resucitado viviendo los valores que él nos indicó en el Evangelio

Así como en la Antigua Alianza la familia se reunía para celebrar unida la fiesta pascual, algo semejante nos ha tocado vivir en medio de la situación que estamos pasando: pascua en familia, en el hogar. Pero no olvidemos que somos el Pueblo de la Nueva Alianza y una vez superada la pandemia, nos reuniremos cada domingo, como familia de Dios, como Iglesia para bendecir, alabar y dar gracias Dios. La Eucaristía de cada domingo es la oportunidad para vivir nuestra fe y comunión en familia. Es el día para el descanso, para ejercitar la caridad y la vida de oración. Un domingo para un verdadero católico nunca debería ser el día aburrido, menos para el pecado, la pereza, la maldad. Eucaristía y resurrección se reclaman, no pueden concebirse separadas porque el resucitado alimenta a la Iglesia y la Iglesia nace en la Eucaristía, se fortalece en ella y por ella se ve lanzada a una esperanza final.

Hemos vivido una Semana Santa diferente, inédita. Pero también ha sido la oportunidad para entrar en mayor intimidad con la Palabra de Dios, para confrontarnos, para proyectar cómo vamos a ser mejores personas, una vez superada esta contingencia, esta rara y dura experiencia debemos ir a lo esencial. Los cristianos somos hijos de la luz, no de las tinieblas. En la circunstancia que estamos viviendo, los cristianos no podemos caminar en tinieblas, estamos llamados a ser luz. Este tiempo también nos lo está regalando el Señor para purificarnos, para madurar, para transformarnos. Tal vez estábamos viviendo en las tinieblas. Dios ha permitido este momento, para que entremos en la luz, para que aprendamos a vivir. Dios permite estos momentos difíciles, duros, para que nos acrisolemos, para que entremos en el proceso de la vida y la resurrección.

Este es un tiempo para reconocer que lo fundamental no es el consumismo, buscar dinero y el confort sin límites. No saldremos de esta situación sin una solidaridad profunda, sin el compromiso de todos. Como es de importante vivir en esta hora la comunión. Los fieles católicos debemos trabajar por la unidad y la comunión. Decimos que la Iglesia es Una, pero a veces uno cree de una manera y el otro de otra, a uno le interesa aquello y rechaza lo otro, el uno practica una cosa y otro algo diferente, que uno acepta al Papa y otro lo rechaza. Cristo no tiene sino un solo cuerpo. Necesitamos estar unidos para poder enfrentar juntos la realidad que vivimos, para enseñar el Evangelio de la esperanza a tantos que se encontrarán solos y sin sentido, para acompañar a los que están tristes y agobiados. Seamos conscientes del llamado que el Señor nos está haciendo, de la vida nueva que quiere traernos.

La Palabra de Dios nos ha interpelado. Esta experiencia que estamos viviendo nos está pidiendo cambiar nuestro chip, tal vez necesitamos ser, usando términos de hoy, ser reseteados. Este es un tiempo para comprender que lo importante es la persona humana

en su dignidad integral. Que lo importante no son las noticias sobre cómo está la bolsa de valores, si Messi va a cambiar de escuadra, si James tiene mejores ofertas, o el cantante de moda se enamoró de otra pareja.

Señor, en este mundo que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente en tecnología e intercomunicaciones, tal vez nos hemos sentido fuertes y capaces de todo. Hemos sido codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”. Ven pronto Señor, queremos resucitar contigo. Cristo ha resucitado, aleluya! Felices pascuas para todos. Amén